


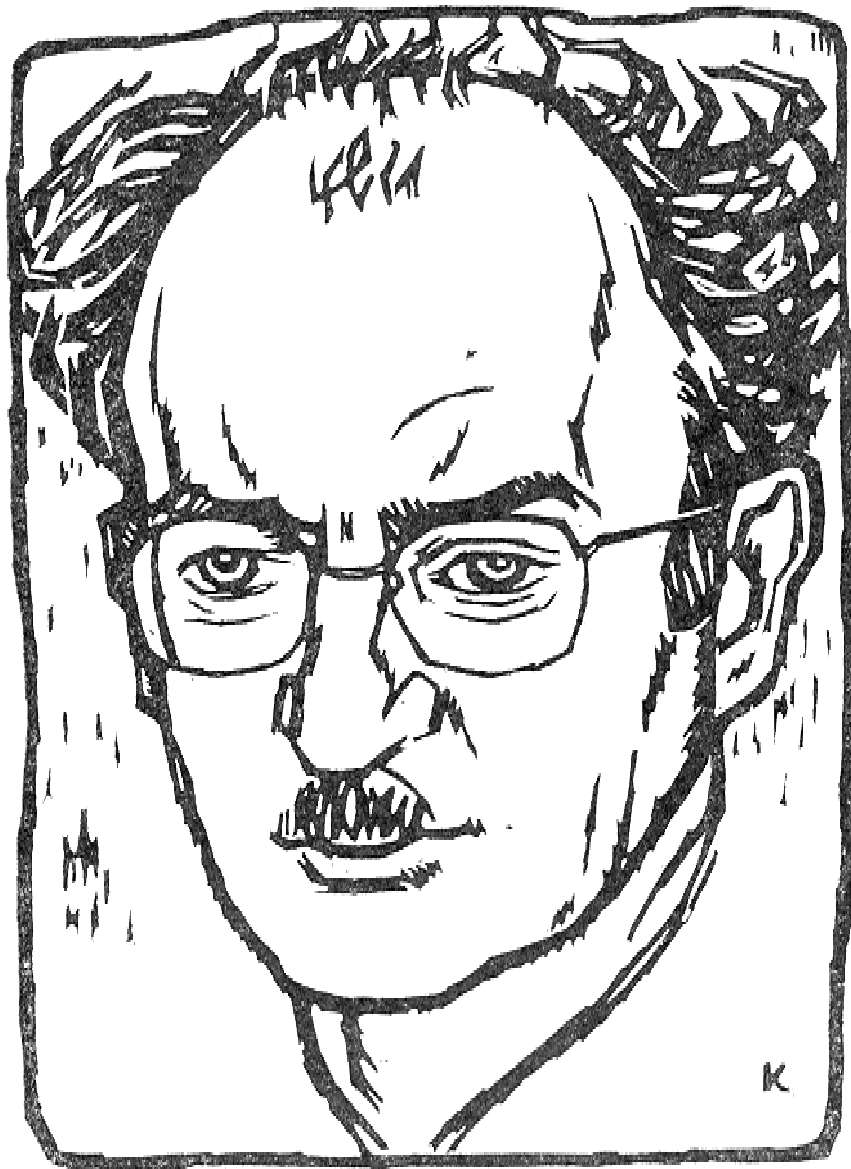
POESJA
Avrom Sutzkever



selección, versión y prólogo de
ELIAHU TOKER



EDITORIAL PARDES



Avrom Sützkever. Grabado de Arthur Kolnik.

**Edición electrónica exclusiva de la Fundación Internacional
Raoul Wallenberg y la Casa Argentina en Israel Tierra Santa**



Diagramación
JUAN H. MORO

© 1983 by EDITORIAL PARDÉS
Mendoza 1638, P.B. Buenos Aires, Argentina
Hecho el depósito de ley
Impreso en Argentina
Printed in Argentine

I.S.B.N. 950-9211-03-6

Abraham Súskever, testigo poético del reciente pasado judío

por Eliahu Toker

Fueron multitud los poetas judíos que le pusieron palabras a la experiencia contemporánea de su pueblo, pero ninguno de ellos estuvo, como Abraham Súskever, ubicado en el curso de los últimos ochenta años, exactamente en los escenarios donde se jugaba el drama histórico del pueblo judío, dando testimonio lírico en lengua ídish. A través de su caudalosa obra poética puede reconocerse una suerte de hebra que va hilvanando su biografía con la historia de su tribu.

Nacido en 1913 en Smorgón, villorrio lituano plantado en las cercanías de Vilna, tras una infancia abierta a las inmensidades de Siberia, participó de uno de los más inquietos grupos literarios de lengua ídish, *Iung Vilne*, quedando atrapado en el ghetto al caer Vilna en manos nazis; huyó por las cloacas a los bosques y participó de la lucha partisana; tras la guerra asumió el rol de testigo en el juicio de Nüremberg y por fin renació con el Estado Judío en Israel, transformándose, precisamente allí, en uno de los puntales de la creación en lengua ídish.

Y cada uno de sus encuentros cara a cara con la historia cobró entidad poética en su palabra, dotada a un tiempo de un vuelo, de una fuerza, de un compromiso y de una belleza singulares. Varias veces candidato al Premio Nóbel de Literatura, posiblemente Súskever no lo haya recibido por pertenecer al mundo poético casi secreto de esa lengua ídish, no suficientemente traducida a las lenguas centrales. Recordemos que Bashevis Singer recibió el Nobel a partir de las excelentes versiones inglesas de sus obras.

POÉTICA DE UNA VIDA

"Treinta años tenía mi padre cuando le estalló el corazón / mientras tocaba la melodía del rabi Leivi-Itsjok / al anochecer, en un violincito. / El violín se debatía sobre su hombro como una criatura.." Así recuerda Súskever a su padre, que murió cuando él tenía sólo nueve años, pérdida que cortó abruptamente su infancia siberiana, enamorada de la naturaleza. Había sido allí donde sus ojos se impregnaron de una luz y de una amplitud que más tarde cobrarían presencia física, palpable, sensual, en su poesía, cosa totalmente infrecuente entre los escritores de lengua ídish, que en su inmensa

mayoría eran hijos de los estrechos villorrios judíos de Europa Oriental. En el grupo literario "Iung Vilne" al que se había integrado, grupo socialista revolucionario de los años '30, él era el único que se permitía cantarle un "Himno a las rocas" diciendo: *"Sólo pretendo, como vosotras, desplegar las manos entre las nubes / y lavar mi cabeza terrena en fuego cósmico"*. Acerca del Súskever de entonces contaba luego el poeta partisano Shmerke Kacherguinski en sus memorias: *"Su poesía contenía demasiado canto de pájaros y sonido de cristales para una época de acero como aquella. Lo que queríamos eran poemas combativos, revolucionarios, pero qué podíamos hacer con él, si donde todos veían los estrechos jirones de cielo que recortaban las angostas callejuelas de Vilna, él veía los amplios cielos de Siberia..."*

Pero todo cambió con la entrada de los nazis a Lituania y con la clausura de sus judíos en el ghetto de Vilna. *"La primera noche en el ghetto es la primera noche en el sepulcro, / después uno se acostumbra"*, escribe Súskever, y agrega: *"¿Podrán naufragar barcos en tierra? / Yo siento que bajo mis pies naufragan barcos."*

En sus poemas del ghetto despliega Súskever su verdadera estatura poética en versos memorables, como aquel "Las planchas de plomo de la imprenta de Rom" donde vuelve leyenda el momento en el que van haciéndose balas las líneas de plomo que en la famosa imprenta de los hermanos Rom, habían impreso tratados talmúdicos, novelas en ídish y ensayos rabínicos. Pero su obra más conmovedora acerca de esa época se titula *Gueheimshtot*, "Ciudad secreta" o "Ciudad clandestina", obra maestra que Súskever compuso al finalizar la Segunda Guerra Mundial.

UN POEMA SALVAJE Y CONMOVEDOR

"Tan pequeño como es, éste libro da miedo; un león vive agazapado entre sus páginas." Así dijo el novelista Sholem Ash refiriéndose a este poema de Súskever, escrito tras la salida del poeta del ghetto de Vilna y de los bosques partisanos, obra maestra de la literatura ídish, aparecida en Tel Aviv en 1948. Extenso poema orquestado en 42 cantos y compuesto por más de doscientas estrofas de diez versos cada una, suman a la fuerza y belleza de sus imágenes y de su historia, una singular musicalidad.

El inicio de esta saga está fijado en 1943, tras la destrucción total del ghetto de Vilna, y trata acerca de un puñado de judíos que se refugian en las laberínticas cloacas de la ciudad. El poeta, que deambula por las desoladas calles creyéndose el último sobreviviente judío, es detenido por una mujer que le dice: *"No soy una extraña;*

rica como tú, / pobre como tú, si no tienes un sitio mejor al que ir / ven conmigo a la ciudad secreta y no hagas preguntas.” Así comienza su descenso a esa ciudad clandestina habitada por diez personas, el quorum mínimo judío para rezar en comunidad. Vilna era llamada “la Jerusalén de Lituania”, entonces Sútskever denomina al laberinto de cloacas en el que sus últimos judíos encuentran refugio, “la Jerusalén subterránea”. Y esa extraña Jerusalén de las cloacas cobra una inusitada belleza en estas páginas. Los canales son “palacios acuáticos”, “las cañerías resuenan con una música de pianos rotos”.

“UN PUEBLO DE DIEZ PERSONAS”

“Paciente lector, no busques a la persona del poeta en este poema salvaje.

*Si quieres conocer su relación con los demás y consigo mismo,
observa las luces y sombras de sus compañeros y lo conocerás mejor que él mismo.”*

¿Quiénes conformaban ese “pueblo de diez personas” reunido por la casualidad en esa ciudad secreta? Un maestro, un médico, una mujer embarazada, un refugiado, un ciego, un anciano religioso, un niño, una muchacha, un partisano, la madre del partisano y el poeta testigo. Luego, a lo largo del poema, cada uno de los que habían encontrado refugio en esas entrañas de Vilna, iría hilvanando su historia, pero lo primero era hacer de ese grupo de sobrevivientes judíos, allí, en la oscuridad de los canales, entre las aguas servidas, una comunidad. Folie, el joven partisano, asume el liderazgo y va asignando a cada uno una tarea, la primera de ellas, a Guedali, el maestro, escribir las crónicas de lo que habían vivido y vivían, para la memoria del futuro. A Lipman, el médico, le encomienda hacerse cargo --a orillas de las aguas servidas-- de la salud e higiene de sus compañeros y de la calidad del agua que beban. A Kraine, la mujer embarazada, le encarga el cuidado del niño y promete conseguirle, en su próxima salida, una cuna, una lámpara, una sábana, una jarra con leche. Al ciego le encomienda permanecer despierto y aguzar el oído cuando los demás duerman, por si descubren su refugio los alemanes. A Arone, el refugiado, que fuera contador en su otra vida, antes de la guerra, le encarga que administre la comida y el dinero colectivos. Al anciano religioso lo libera de toda obligación, pero Reb Nosn ruega que le permitan ser útil, que le permitan ser el zapatero de esa pequeña comunidad. A Dvoire, la muchacha, la hace cargo del lavado de la ropa de todos, ofreciéndose a ayudarla de ser necesario; a su madre le confía la tarea de

alimentar a todos, al poeta le encomienda crear belleza y él mismo, Folie, asume la tarea de la venganza.

RENACER CON EL ESTADO JUDÍO

Terminada la guerra, Sútскеver rechaza una invitación a radicarse en la Unión Soviética donde ofrecen otorgarle un premio Stalin. En cambio, en septiembre de 1947 arriba a un Israel en pleno trabajo de parto. Con su llegada al inminente Estado judío, se abre una nueva época en su poesía. Dice en uno de sus primeros poemas israelíes.

*Si no estuviese junto a ti / y no respirase aquí dolor y dicha; / si no ardiera con el país, /
país volcánico entre dolores de parto; / si ahora, tras la inmolación / no renaciera con este suelo
/ donde cada piedrita es mi abuelo, / el agua no calmaría mi sed / y el pan no saciaría mi
hambre.*

Sútскеver llegó a Israel en plena la lucha idiomática entre el ídish, (presunta lengua diaspórica y antisionista) y el hebreo, que simbolizaría antiguas glorias nacionales, en el marco de una fuerte tendencia a negar de un plumazo los dos milenios de vida judía fuera de su tierra. De ahí el profundo significado que tuvo el que en 1949, a sólo un año de la proclamación del Estado, la Histadrut, la CGT israelí, dirigida por el partido gobernante, decidiese solventar una publicación en ídish de alto nivel literario, y que la dirección de esta revista-libro trimestral le fuese confiada a Sútскеver. No por casualidad el nombre dado a esa publicación fue *Di Góldene Keit*, “La cadena áurea”, título que alude a la ininterrumpida continuidad de la historia del pueblo judío. Esta revista constituyó durante casi cincuenta años un permanente acontecimiento cultural en el mundo de habla ídish, por la calidad de su material ensayístico y creativo.

En 1953 estuvo Sútскеver en Buenos Aires, invitado por la comunidad judía porteña. En Buenos Aires lo conocí y comencé a verter poemas suyos al castellano, versiones que con el tiempo tomaron forma de libro. Volví a encontrarme con él en su casa de Tel Aviv y siempre seguí encontrándome con él en su inagotable poesía. Pocos poetas ídish tienen una obra tan empapada de historia y al mismo tiempo una voz tan lírica, que fluya tan melodiosa y libremente, contagiando de poesía todos los temas que se ponían al alcance de su mirada profundamente inocente, fuerte,

refinada y tierna. Abraham Súskever, que falleció en Tel Aviv en la madrugada del 20 de enero del 2010, concebía así el final de los días:

*Y será al final de los días; / sucederá entonces: El hijo del hombre /
no llevará más hasta su boca hambrienta / ni pan ni carne vacuna, ni higo ni miel; /
probará apenas una palabra o dos / y quedará saciado.*

PARA UNA NUEVA BIBLIA

En diciembre de 1947, en el curso de una conferencia del IWO de Nueva York, el poeta y ensayista ídich Meilej Ravich formuló una extraña propuesta. Dijo que tal como en la Biblia hebrea libros compuestos a lo largo de toda una época fueron canonizados para que siguieran vigentes y no se perdiesen, después de la Shoá habría que canonizar una segunda Biblia, para que la sabiduría, la belleza y la espiritualidad de la judería de Europa Oriental sobreviva al fuego y a las ruinas. No creo que suceda, pero si alguna vez se concretase la idea de Ravich, no me cabe ninguna duda de que el poema de Súskever, "*Gueheimshtot*", tendría asegurado un lugar en esa nueva Biblia hebrea, en ese segundo Tanaj.

PEQUEÑA ANTOLOGÍA POÉTICA

La que sigue es una breve antología de su obra poética, vertida al castellano por mí a lo largo de muchos años, tratando de rescatar la honda y sabia frescura del original.

Himno a las rocas

Trepa a vuestras alturas, rocas marmóreas,
y aunque fuese ciego, con la noche en los ojos, hermanos
les juro, no detendría mis pasos,
porque traigo en equilibrio, siempre conmigo, libertad y amor,
y ninguno pesa más que el otro al borde de los abismos.

Amo vuestro coraje, que mira hacia las resonantes esferas;
amo vuestro aire frío y fuerte,
que lleva en sí vuestro espíritu.
Amo el miedo,
el miedo de trepar sobre vosotras,
miedo de verme a solas, cara a cara,
con el filo de vuestros precipicios.

Antes aún de haberlas rozado con mis labios,
antes aún de haber aspirado vuestro aliento
había soñado con ustedes. Y mientras alrededor de mí
la maldad y la pequeñez humana levantaban polvo,
ustedes brotaban luminosas ante mí, en las sombras del ojo,
descubriendo algo más elevado en la desolada confusión.
Ahora son ustedes rocosa verdad y orgulloso símbolo,
y yo oigo golpear vuestro corazón bajo pieles marmóreas.

¿Qué persigo aquí? Me avergüenza decirles, gigantes,
que persigo el mismo fin que maduró antaño en ustedes,
aún antes de que se alzaran de entre las bajezas terrenas
y penetraran las nubes con vuestras testas.

No me apuñalen, marmóreos dioses, con vuestras miradas,
no me arrojen a las llamas, luminosos monstruos, por mis ambiciones,
no se burlen de mí por la pétrea plegaria que les dirijo.
Sólo pretendo, como ustedes, desplegar las manos entre las nubes
y lavar mi cabeza terrena con fuego cósmico.

Pequeños relámpagos

Te resulta un acertijo mi vida; querés que te cuente.
¿Que te cuente qué cosa? Contar porque sí,
contar los años nuevamente, para que parezca más luminosa
la cueva por la que los dos erramos.
De acuerdo. Pero me da miedo tu mano.
Ponete un guante: Yo fui quiromántico...

Yo fui quiromántico. Y filas de manos

rodearon mi cuarto para que yo las leyera como cartas
y abriera los ojos del mañana.

Junto con la milagrosa leche de mi madre
penetró en mí el secreto de su escritura.

Yo leí su secreto

en las arrugas de manos y en palmas
que aún acariciaban cuerpos y ejecutaban sinfonías.

Yo vi en manos de hombres y de muchachas enamoradas,
como pequeños relámpagos en la noche, claramente trazada
la firma de un demonio. Yo leía y callaba

para no engañar a la verdad con el verbo del embuste.

Por eso no pude evitar la pena merecida:

todas las manos cayeron sobre mi pupila, vueltas ceniza.

Y sólo la mano de un esqueleto, condenado al insomnio
vino a preguntarme cuándo resucitaría su dueño.

Y hasta mi diván, donde yacía enfermo,
tendió su pata un lobo ataviado con una piel azul de nieve
para que le revelara si ya se había encendido una hoguera,
y una estrella estiró ante mí su dedo diamantino
para que yo le dijera quién caería primero, yo o ella.

¿Seguir contando? ¿Terminar rápida o lentamente?
Seguramente ya sabes que el contar no alivia.

Descalzo

Nos descalzamos
en medio de la ardiente ciudad,
y de veras parecíamos recién nacidos
a merced del desparpajo.

Si con idéntica rapidez fuese posible
descalzar también por un instante
de sus pesadas botas a los pensamientos,
qué fácil sería salvar mil millas
de un salto descalzo
y caer en la propia infancia.

Elegía a la muerte de un elefante

...Y de pronto se detuvo su corazón en el zoológico.
Dentro de él, a un herrero invisible
se le deslizó el pesado martillo de entre las manos

sin que pudiese volver a levantarlo.

Inútiles, las traviesas manzanitas rojas
ya tienen para él sabor a sombra.

Y allá lejos, en las junglas africanas,
tras Mozambique, los patriarcas lo lloran.

Improvisación

No acumules avariento tus horas;
que el tiempo no se haga más el payaso.
Tiéndelas por sobre todos los abismos
y atrapa en una red al ocaso.

Que se echen a nadar los mares
y salten precipicio abajo
con tal de burlar a la muerte.
No te arrodilles en su teatro.

Arráncale la máscara
y échale rápidamente tus horas encima.
Los ancianos mueren en plena juventud
y los abuelos son sólo niños disfrazados.

Balada de una única línea

(Fragmento)

Los labios de la muchacha son una miniatura,
ni una pizca más grandes que sus ardientes ojos entornados.
No comprendo entonces cómo logran salir de ellos tantos besos.

Cuando el manzano es generoso y se desprende de sus frutos,
para que vuelva a frutecer lo tengo que desear un año entero.
Pero Zuse, la hija del boticario, con sus pequeños labios,
ayer me regaló *todos* sus besos
y, milagro de milagros, hoy ya corre trayendo nuevos.

Elefantes de noche

(Canción de cazador)

Elefantes de noche,
que como pesados espíritus
vienen uno tras otro

a bañarse en el río,
no son elefantes,
sólo llevan puesta una máscara.

Yo, el cazador de noches,
que vi transformarse estrellas
en antílopes,
cierta vez, al borde del agua,
espié entre la hierba
a siete elefantes lunares
que se acercaban a la orilla.

Uno a uno observaron un rato el río
por si alguien los veía,
y luego se quitaron
sus máscaras de elefante.
Desvistieron las orejas, los colmillos,
las largas trompas,
y aparecieron ante mis ojos
siete muchachas.
Siete muchachas cortan el agua con sus pechos,
se mueven como rayos provocadores,
nadan, nadan.

Yo lo sabía: enseguida van a volver nadando
a vestirse de nuevo orejas, trompas,
a volverse otra vez elefantes.
Entonces, más sigiloso que una víbora,
me arrastré hasta las máscaras,
tomé una y volví a esconderme.
Y cuando las siete muchachas
ataviadas con perlas
comenzaron a ponerse sus vestimentas de elefante,
a una le faltó su máscara
y quedó desnuda sobre una piedra
con piel temblorosa,
sin amigo, sin cariño, sin ayuda.

Y yo, el cazador, me casé con ella;
con una muchacha
sin máscara.

La primera noche en el ghetto

“La primera noche en el ghetto es la primera noche en el sepulcro,
después uno se acostumbra”, así consuela mi vecino

a los verdes cuerpos entumecidos sobre el suelo.

¿Podrán naufragar barcos en tierra?

Yo siento que bajo mis pies naufragan barcos y sólo el velamen se arrastra por encima, deshilachado y pisoteado en forma de verdes cuerpos duros tendidos sobre el suelo.

Llega hasta el cuello.

Sobre mi cabeza pende una larga canaleta

atada con hilos estivales a una ruina.

Nadie habita los cuartos. Sólo aullantes ladrillos arrancados, con trozos de carne, de sus muros.

En otros tiempos una lluvia solía desgranar su música en la canaleta

leve, blanda, bendiciendo. Madres solían colocar baldes debajo

recogiendo la dulce leche de las nubes

para lavar el pelo de sus hijas y que las trenzas brillen.

Ahora las madres ya no están; tampoco las hijas ni la lluvia,

sólo ladrillos en una ruina; sólo ladrillos aullantes

arrancados con trozos de carne de los muros.

Es de noche. Un negro veneno gotea. Yo soy un rescoldo

traicionado por la última chispa y hondamente apagado.

Sólo la ruina es mi hermana. Y el húmedo viento,

que cayó sin aliento sobre mi boca, con suave piedad

acompaña mi alma, que se separa del trapo de la osamenta

como se separa la mariposa del gusano. Y la canaleta

cuelga todavía sobre mi cabeza en el espacio

y fluye por ella el negro veneno, gota a gota.

Y de pronto, cada gota se hace un ojo. Estoy completamente

empapado de ojos luminosos. Una red de luz recogiendo luz.

Y encima de mí, la canaleta atada a la ruina con hilos de araña,

un telescopio. Penetro a nado por su tubo y las miradas

se unen luminosas. Allí están, como ayer,

las familiares estrellas vivientes de mi ciudad.

Y entre ellas, también aquella estrella tras-sabática

a la que labios de madre elevaban una bendición: Feliz semana.

Y comienzo a sentirme mejor.

No existe quien pueda enturbiarlo, destruirlo,

y yo debo vivir, porque vive la buena estrella de mi madre.

Mi madre

(Ghetto de Vilna, octubre de 1942)

VI

Busco las queridas cuatro paredes
entre las que tú respirabas;
bajo mis pies dan vértigo los escalones
como si fuera un pozo hirviente.

Tomo el picaporte y empujo
la puerta hacia tu vida...
Me parece: un pájaro llora
en la jaula de los dedos.

Entro en la habitación
donde se cubre de sombras tu sueño.
Apenas alienta todavía
la luz que encendiste.

Sobre la mesa el vaso de té
que no alcanzaste a beber.
Aún se mueven tus dedos
sobre los bordes plateados.

En la lamparilla agonizante
la lengüita de luz pide piedad.
Y para que no deje de arder
agrego a la lámpara mi sangre...

VII

En lugar tuyo encuentro tu camisón rasgado;
lo tomo y lo aprieto contra mi corazón avergonzado.
Los agujeros del camisón se hacen mis días
y su puntilla se vuelve la sierra que corta mi corazón.

Rasgo mis ropas y como si penetrara en mí mismo
penetro en tu abierto, desnudo camisón.
No es ya más una camisa, es tu piel luminosa,
es tu fría muerte. Lo que quedó de tu muerte.

Ejecución

(Ghetto de Vilna, 1942)

Cavo una fosa como se debe y ordenan
y busco consuelo en la tierra entretanto.

Un golpe de azada y aparece debajo
debatándose, patético, un pequeño gusano.

Mi azada lo corta y sobreviene un milagro:
el gusano partido se hace dos, se hace cuatro.

Otro corte de nuevo y ya son seis los gusanos,
¿y todos estos seres creados por mi mano?

Vuelve el sol entonces a mi ánimo sombrío
y la esperanza fortalece mi brazo:

si un gusanito no se rinde a la azada,
¿es que eres, acaso, menos que un gusano?

Ante un cálido montículo

(Bosque de Vilna, 15 de diciembre de 1941)

Ante un cálido montículo de bosta equina
caliente, caliente mis manos heladas.
Caliente mis manos y mi corazón se entristece:
qué poco entendí y reconocí hasta ahora
la grandeza de lo pequeño...
También puede suceder
que se haga canto de sublime belleza,
de un montoncito de bosta su cálido aliento.

Mientras escribía con ojos cerrados...

Mientras escribía con ojos cerrados un poema,
sentí de pronto arder fuego sobre mi mano;
y cuando desperté, brotaba como una flor,
de las negras llamas del papel,
el hálito de un nombre: DIOS.
Pero, maravillada y temerosa,
mi pluma borró ese nombre
y escribió en su lugar
uno más familiar: HOMBRE.

Desde entonces, como un pájaro invisible,
me persigue siempre una voz
que picotea en las raíces de mi alma:
“¿Por quién me has cambiado?”

Vino

Me rozó el aleteo de un ala:

– ¿Qué desea tu voluntad?
– ¡Transfórmame en vino!
Satisfizo mi deseo. Como oro en un crisol
ya me deslío y fluyo
en la grieta de una roca como en una copa,
y alguien me bebe hasta el fondo
y se va flotando
cada vez más alto.

Tu camino va de comienzo en comienzo...

Tu camino va de comienzo en comienzo
ya que el final está de incertidumbre hecho;
levanta, entonces, más alto la bandera de tu fe
y vive, como un águila, en brazos del viento.

Un instante

(Ghetto de Vilna, 7 de abril de 1943)

Un instante cayó como una estrella.
Lo atrapé entre los dientes
y cuando se partió su pepita
me salpicó con un llanto majestuoso.

Cada gota refleja en sí
una intención distinta, un sueño diferente:
he aquí un sendero alado, de mil manos;
he aquí un puente para descifrar el sueño.

Y he aquí a mi abuelo, con una serpiente en su cabecera,
y he aquí a mi pequeño, destrozado contra una piedra.
También encontré una gota libre
y yo mismo me encerré en ella.

Cada hora, cada día

(Ghetto de Vilna, 27 de abril de 1943)

Cada hora, cada día,
ya no es más una hora,
ya no es más un día;
es un altar alzado en tu interior
donde todo es devorado,
lo que sientes, lo que ves;
y todavía cantas

mientras te devoras a ti mismo.

Las planchas de plomo de la imprenta de Rom

(Ghetto de Vilna, 1943)

Como dedos que se estiran por entre barrotes
para atrapar el aire luminoso de la libertad,
así nos deslizamos en la noche para cargar
las planchas de plomo de la imprenta de Rom.
Nosotros, los soñadores, debemos volvernos soldados
y fundir en proyectiles el espíritu del plomo.

Y abrimos de nuevo el cerrojo
de ese familiar refugio eterno.
Blindados por las sombras, al resplandor de una lámpara,
fundimos las letras línea a línea
tal como los abuelos, hace siglos, en el Templo
echaban aceite en los candelabros.

El plomo refulge al hacerse bala,
pensamientos fundidos letra a letra
— una línea de Babilonia, una de Varsovia —
hierven, corren a adoptar la misma forma.
Oculto en las palabras, el heroísmo judío
Con su estallido debe conmover al mundo ahora.

Y quien haya visto las armas en el ghetto
aferradas por heroicas manos judías,
vio debatirse Jerusalén,
caer sus muros graníticos;
entendió las palabras fundidas en los proyectiles
y en el corazón reconoció su voz.

Una florcita

(Ghetto de Vilna, 29 de mayo de 1943)

Por querer pasar una florcita por el portón
pagó mi vecino con siete azotes.
¡Qué valiosa es para él ahora esa primaverita azul,
esa florcita de pupila de oro!
Mi vecino carga el recuerdo sin deplorarlo:
la primaverita alienta en su carne; así lo quiso...

El profeta

Ghetto de Vilna, 17 de julio de 1943)

...Y ese vecino mío, al que llaman profeta, dice al huérfano:
"Toma mi manto de oraciones y cósete con él una camisa

y vístela y vive y mira sin temor al mundo
que una tela de araña es el muro que te impide ser".

Y como un águila gris se precipita el profeta
hacia el que yace asesinado y se arrodilla a sus pies:

"Diles a las víctimas de la ciudad, hermano,
que ya viene la venganza, nuestro tempestuoso Dios".

Y como una piedra que cae en un río y despierta un círculo
así se hunde cada rostro en el anciano.

Y alguno dijo: "Loco" y otro se rió
cuando el profeta, cierta noche, se echó a cantar.

Pero él me explicó de su canto el sentido:
"Recibo la venganza que viene, con regocijo".

Mi salvadora

(Ghetto de Vilna, 1943)

Dime qué te une a mí, luminosa abuela,
para esconder a un extraño en tu casa
y traerme, tan familiar y dulcemente, leche,
una piel de oveja para calentar mis pies,
pan tibio, sueño humano, y una sonrisa
como el canto de las arrugas de tu piel.

El viento tejía tiendas de nieve
y yo erraba como el viento entre ellas.
A mis espaldas me perseguía un mundo,
un mundo alzado contra el mundo,
mientras a solas por campos nevados
me calentaba con fulgores lobunos la osamenta.

Otrora hubo madre y hubo cuna;
hoy el hogar se hunde bajo nubes de guerra.
Me conjuré: Que sea lo que Dios quiera.
Intentaré entrar en la séptima choza
en busca de una palabra consoladora.

Golpeo y comienza a rechinar la puerta.

Me recibiste con el halo de una vela
como si mi visita no fuera inesperada.
En un destello instantáneo se descubrió para ti
mi rostro y con él mi voluntad.
No te asustaron mi barba congelada
ni mi puñal al cinto, aguzado para matar.

Me excavaste bajo el umbral una cueva;
trajiste una lámpara de aceite, y cobijas
con blandura de cabellos maternos;
aire e infancia que no tienen hora ni lugar,
y una hoja de papel como un brote de guinda
para que mi canto pudiese brotar.

Y cuando comencé a escupir sangre en el refugio
me cargaste en brazos hasta tu casa,
me acostaste en tu cama, y de noche
llamaste a un médico para que me curara.
Y entre el ardor desmesurado de la fiebre
te vi de rodillas, con un crucifijo, al lado de la cama.

Después tu compasión se me hizo una cadena;
la nieve no cubría las sombras del ghetto.
En sueños me martirizaban pequeñas criaturas:
"Trocaste nuestras lágrimas por pan y descanso".
Y cierta noche de frío y luna,
camino del ghetto me eché de nuevo al campo.

Pero tú me perdonaste la huida
y me traías pan incluso lejos de tu casa.
Hasta que un día llegaste trayendo
lo que por tanto tiempo había esperado;
el sagrado alimento que cura y sacia:
¡entre la miga de pan, una granada!

Y cuando la granada apuntó al enemigo
resplandeció ante mí tu bondad silenciosa.
Veía cómo me cargabas desde la cueva en brazos
por escaleras y puertas hacia un sol que quema...
¡Y de pronto tu mano se tiende sobre la mía,
y la granada se arranca de nuestras manos y vuela!

Si no estuviese junto a ti

(Israel, 1947)

Si no estuviese junto a ti
y no respirara aquí dolor y dicha;
si no ardiera con el país,
país volcánico entre dolores de parto;
si ahora, tras la inmolación
no renaciera con este suelo
donde cada piedrita es mi abuelo,
el agua no calmaría mi paladar
y el pan no saciaría mi hambre.

Llegaste desnudo

(Israel, 1948)

Llegaste desnudo
todo en fuego.

Tus ropas – cosidas por dedos maternos
como si las agujas interpretaran piano
sobre seda y terciopelo –
tus ropas, cayeron quemadas en las sombras.

Llegaste desnudo.
Tu soledad comprende la entereza de tantos.
En una pupila, un lobo; en la otra, tu madre.
Y ya te será imposible separarlos.

¿Quién puede vestir tu tremendo vacío?
Incluso si Isaías te encontrara
profetizaría con párpado plumoso
y labio avergonzado.
No exijas consuelo, entonces,
de tu propio hermano.

Entre vosotros dos se extiende
una rebelión de Varsovia
como un eterno Sambatión de llamas
que apedrea con el destino judío
incluso en sábado.

¿Cómo pueden los de aquí creerte
que en Varsovia defendías Jerusalén?
¿Que en la república de los muertos dabas forma
a la íntima, joven, república viviente?

Pero el volcánico latido del país ha de creerte;

aquel latido que percibieras
cuando tu corazón detuvo su latir por un momento.
Y cuando le acerques tu oído
como un velero se acerca al secreto de las olas,
ha de alzarse una voz
como la exégesis de un versículo:

“Eres mío. Bendito seas en tu venida.
Mi jardín es tu jardín; mis ovejas son tuyas.
Con la misma ferocidad con que disparabas tu fusil,
con idéntica delicadeza,
planta aquí tu viñedo”.

Ante el monumento en Iad-Mordejai

(Monumento a Mordejai Anilevich, comandante del Levantamiento del Ghetto de Varsovia. Su sede estaba en la calle Mila N° 18.)

Ahora, cuando levantamos un monumento por los muertos,
por aquellos muertos que al caer levantaron
un monumento por nosotros, para que recordemos
al ave fénix nacido de las cenizas del mundo,
¡reunámonos todos en la calle Mila,
en la calle Mila número 18, tribu por tribu,
y que cada uno y todos juntos
nos sintamos como letras de aquel pergamino
retorciéndonos, por un momento, entre las llamas!

...Nosotros somos el monumento que no va a extinguirse.
Nos protege el fuego de Mila 18.
Las nietas-madres van a encender los cirios
de la bendición por la vida
en las noches de los viernes, con nosotros.

Una única palmera, molino de viento...

Una única palmera, molino de viento de aspas puntiagudas,
ventila el arenoso sol del arenoso país.
Y yo soy la única nubecita sobre las colinas;
enseguida voy a echarme a llover, a curar la ardiente herida.

Padre e hija

a) Ante la ventana

La pequeña hace una pregunta a su padre, el poeta

que cansado apaga en la hoja de papel su cabeza
ante la ventana donde “una estrella habla con otra”:
– Dime la verdad, ¿Dios escribe poesías?

Y antes aún de que su majestad, el poeta,
logre responder a la ardua pregunta, ya lo hace la criatura:
– Seguramente escribe. Las estrellas son sus poesías.
¿Por qué no escribes tú con la misma blanca tinta?

b) Juguetes

Trata con cariño a tus juguetes, hija,
a tus juguetes más pequeños que tú;
arrópalos con las estrellas del árbol
de noche, cuando el fuego se va a dormir;

y cálzale botas a tu muñeco
cuando se echa a soplar el águila del mar;
y deja que el glotón potrillito de oro
devore la brumosa dulzura de la hierba.

Cubre con un panamá a tu muñeca
y ponle una campanita en la mano,
que los juguetes le lloran a Dios
porque ninguno de ellos tiene madre.

Cuida a tus pequeñas princesas,
que yo recuerdo un doloroso día:
siete calles cubiertas de muñecas
y en la ciudad no quedaba un solo niño.

Lo eterno

Dijiste: “Dichosa renunciaría
a todos los años
que me están destinados
con tal de volver a vivir
contigo *aquella* noche
en la que fuimos
como música incomprensible”.

Y yo, como si agonizara el corazón
entre mis dientes, guardé silencio
y sólo vi: nosotros dos,
tendidos entre pólvora en un campo minado.

Llanto de piedras

Las piedras de mi vieja ciudad
lloran de noche como niños:
– ¿Por qué nos has dejado solas?
¡Oh, avergüénzate por tu desdén!
Una piedra está tan sola como una piedra,
¿por qué nos has dejado solas?

¿Acaso es culpa nuestra
que se haya deshecho tu casa en el polvo?
No tenemos pies ni tenemos alas.
¿Por qué nos has dejado solas?
Una piedra está tan sola como una piedra.
No tenemos pies ni alas.

Leyendo a Shakespeare

“Es la maldición del tiempo en que ciegos
se dejan conducir por locos.”
Líneas actuales del Rey Lear,
terribles líneas de uno para ti.
No existe para ellas cerca ni lejos
adonde puedas escaparte;
el eco: “Es la maldición del tiempo”
ha de encontrarte.

– ¿Y fuera del tiempo?

– Peor aún... En aquellos sordos castillos
no duele la profunda herida de un cuchillo.
Y ni siquiera puede uno perder el juicio.

El poeta enfermo

La muerte viene a curarlo de la vida.
Bajo la cúpula del cráneo,
sobre ardientes paisajes,
llueve.
El poeta percibe
el hermoso suicidio de la mínima gota.
Como una nube pensativa, un médico
sangra una receta a su cabecera:
– Tres cucharadas diarias de palabras.

Una visión

Veo una fragua renga, sin puerta,
perdida en la nieve, entre abismo y abismo,
y de entre las ardientes brasas rojas
extrae un herrero ciego su alma radiante.

Y su martillo cae como un oso de hierro...
El alma canta y se regocija:
– Ciego herrero, ¿qué puedo probarte?
Son de nuevo azules tus pupilas.

Círculo áureo

El reloj cesó de llorar. Quedó cerrado,
mano con mano, el círculo áureo.
Ahora debes medir con otras varas:
tu corazón es una paloma en una trampa de ratas.

El beso

El milagro sucedió de manera tan natural:
un poeta bajó al mar a buscar perlas
que titilan y añoran, impalpables.
Y en cuanto besó una perla
le desaparecieron los miembros.
No está más su rostro.
No hay lágrimas.
El poeta penetró en sus poemas.

Un testigo

Prodigioso: una minúscula hormiga,
un átomo,
introduce en un rincón de su ojo, en pleno abismo,
el plomizo planeta del viejo elefante
y aún le resta una pizca
de tiempo y espacio para sus abuelos...

Y aún le queda una pupila disponible
para tragar al que testifica.

Una metamorfosis

Mi habitación está guardada por muros fortificados
donde se vacunó contra sí mismo el doctor tiempo.
Una ventanita con barrotes. Y, como una loca desdentada,
el vidrio se estremece entre temeroso y brillante.

Los grafismos del agua sobre el vidrio
semejan letras de un viejo manuscrito arábigo.
Los barrotes recuerdan que escenificaron una ardiente
mascarada de dioses, incendiarios y piratas.

Tiendo la mirada para descubrir quién vivió antaño
en la vieja fortaleza de ladrillos. Y converso
con rostros de espinas entre aureolas azules,
con perceptibles movimientos y gestos.

Aguzo los oídos, los sentidos, y percibo
el nacer y agonizar de mi propia cuna.
He nacido aquí. He muerto. Me tienen preso,
Iafo antigua, tus ladrillos empapados de recuerdos.

El ojo del alma llora con imágenes

El ojo del alma llora con imágenes
para uno mismo como para los demás,
para los demás como para uno mismo.
El ojo del alma llora con imágenes
como la caída del sol, con nubes:
¿dónde y a quién confiarse?

Yo quemé mi mesa de trabajo. Era una vergüenza
inclinarse ante madera; y la reemplacé por una salvaje
noche de pugna en el desierto, en la tienda de un águila,
donde el ojo del alma llora con imágenes
primerizas, que exigen: Describe, describe
para ti mismo como para el resto del mundo.

Exposición de pinturas de locos

(París, 5 de diciembre 1971)

Los pintores tras barrotes, las almas tras barrotes,
como leopardos en el zoológico, ebrios de esclavitud,
con ellos mismos, en la jungla incendiada de sus memorias.
Acompañados por pequeños revólveres, llaves jeroglíficas,

marchan por grises corredores
entre un resonar de timbres.
Pacientemente velan camisas de fuerza, piadosas jeringas
cargadas con morfina. Triple silencio para el silencio.

Pero allí,
en su exposición de cuadros en la ciudad,
en pleno centro,
hay fiesta. De par en par las puertas.
Se acercan curiosos,
damas y caballeros se apretujan con rosas desorbitadas.
(Yo veo a los pintores tras barrotes. Pequeños revólveres.)

“El casamiento del bombero”: arden los novios
y no hay quien apague. Todos se evaporaron...
“El suicida”: de un piso elevado cae un plato.
(Pacientemente esperan chalecos de fuerza. Agujas. Corredores.)

Y he aquí también “El nuevo Dios”: un gato de siete patas,
un gato violeta, embriagado y pensativo.
Pero uno del público no está de acuerdo con el cuadro;
de la nube de su cerebro pulverizado brotó un destello:
— ¿Un Dios de siete patas? ¿Y dónde está la octava?

Plegaria por un camarada enfermo

Los malvados tienen demasiada fuerza
y les sobraría con la fuerza de una liebre.
Nutre entonces con piedad a un débil
que yace aquí: mitad hombre, mitad sábana.

Yo soy su plegaria. Sus labios
ya perdieron las palabras.
Son parábolas robadas
sin perlas, sin sal, sin eco.

Tiene que encender un verso todavía
en el templo de su oscuro refugio.
Tiene que escoltar todavía a la joven reina de la colmena,
al amanecer, hasta el astro de las abejas.

Yo observé a un pez saltando
desde el corazón del mar hasta las nubes
y lo vi arrastrándolas consigo.
¿Es mi compañero menos que un pez, acaso?

En lugar de esferitas rojas
pequeños violines rojos hechos por ti con maestría
nadan por sus venas
y ningún otro puede volverlos melodía.

Aún tiene que escuchar cómo su pulso
se hace en su cuerpo lluvia primaveral y correntada.
En el tardío otoño habrá de sellar todavía los cristales
y sorber sueños, cosechar esperanzas.

Milagro

para Dov Sadán

Algo así puede darse, a pesar de todo,
digan que es milagro o romanticismo acaso:
un joven silencio golpea en la ventana
y en la habitación la noche es cuadrada.

Si *esto* es un milagro, también es prodigiosa
la realidad a ambos lados de la ventana.
Lo sé, mi realidad supera a los milagros,
lo sé, mi sueño tiene arraigo:

nítidamente vi en sueños
un verdadero árbol cargado de guindas
al alcance de la mano y lejos...
Está claro que el árbol tiene arraigo.

Y por si fuera poco y no alcanzara
al despertar ahora, de mañana,
devoro con lengua y dientes guindas
entre el rojo-guinda de los parques.

Y para convencerme
de que sueño y realidad viven de acuerdo
en la realidad hamaco
ramas brotadas del sueño.

¿Qué pócima darle a la noche...?

¿Qué pócima darle a la noche para que continúe fascinando?
Su corazón golpea como un jinete huyendo de un bosque en llamas.

¿Estará despierto, en su botica, mi vecino de la otra callejuela?
Sabe mezclar lágrimas de víbora y hierbas en su crisol de hueso.

¿Tal vez correr en busca de un médico? ¿Qué voy a hacer, realmente, cuando el corazón le estalle? Un corazón como ése no tiene precio.

La rosaviolín

Bajo la cálida lluvia que la resucita
despacito comienza a abrirse, a moverse
(a una con la niñez en la vieja memoria)
la rosaviolín en su caja negra.

Ya no necesita violinista;
ya no hay quien ensalce ni hay quien impreque.
Con esperanza y alegría suena, sin violinista,
en homenaje a una renacida cuerda.

En homenaje a una cuerda, a su latido
en homenaje a una abeja cuya miel es amarga
pero cuyo pinchazo es dulce, jugoso, florido;
en homenaje a un dolor renacido.

Y será al final de los días

Y será al final de los días;
sucederá entonces: el hijo del hombre
no llevará más hasta su boca hambrienta
ni pan ni carne vacuna, ni higo ni miel;
probará apenas una palabra o dos
y quedará saciado.